

Vagabundaje, subjetividad y coexistencia

Germán Rozas Ossandón y José Oda Camplá¹

1. La identidad, motor de liberación en el siglo XXI

Frantz Fanon pensó que la verdadera revolución no la harían los obreros en Argelia, sino el lumpen proletariado, vagabundos, informales y campesinos fuera del sistema. Fue una idea díscola en la época en que la interpretación del cambio social se basaba en la perspectiva marxista. Todo este planteamiento lo sintetiza en su libro *Los condenados de la Tierra* (1961). No obstante, el argumento de fondo para este planteamiento está relacionado con la colonización de la subjetividad, de la cual eran objeto los obreros y las clases dirigentes de izquierda. Esto dada la fuerza del discurso del gobierno francés y de la elite argelina, quienes abogaban por la modernidad de Argelia, utopía frente a la cual no cabía su independencia respecto de Francia, discurso que más bien apuntaba a hacer crecer económicamente al país, de la mano del colonizador, que calaba profundamente en la mentalidad de los obreros, muchos de los cuales, imbuidos en la mirada marxista, pensaban que más que una revolución lo que necesitaban era un modelo moderno, pero democrático y en manos de las clases populares.

¹ Germán Rozas Ossandón, grozas@uchile.cl; José Oda Camplá, joda1253@gmail.com Programa de Estudios Comunitarios Latinoamericanos. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile.

Justamente allí se centra la crítica de Fanon, al plantear que ese discurso tenía la capacidad de mantener a este sector social casi paralizado y más bien conforme con la situación en curso. Por tanto, no pone su esperanza en los obreros, sino más bien en otro sector social, el lumpen proletariado. Constituida por vagabundos, informales, campesinos, migrantes y, eventualmente, por indígenas, esta clase social, este segmento social no estaba conquistado por la narrativa moderna, no estaba atrapado, mental o subjetivamente, por ese imaginario oficial. Dicho sector era considerado desechable por el poder y, por lo tanto, paradójicamente se encontraba abierto a pensar más abiertamente en acciones para la revolución. Es la condición sobre lo que Fanon llamó la liberación, es decir, la posibilidad de generar un importante cambio social para Argelia, para obtener su independencia de Francia; en cierto sentido, se trató, para él, de la liberación de una forma de pensar, un proceso ajeno al pensamiento del orden, para más bien profundizar en una forma propia de pensar el mundo, la vida y el universo. Así, finalmente Argelia se liberó de Francia.

Algo similar ocurrió, guardando las respectivas diferencias históricas, con el estallido social vivido en Chile el 18 de octubre del 2019. Fue una revuelta social, no solo popular, sino transversal a todos los sectores sociales, que fue más allá del mundo de los obreros y que contó con la principal participación de los movimientos sociales. Vale destacar que el estallido social no fue una acción planificada por los partidos políticos, o por algún sector previamente organizado de la sociedad, sino que fue algo totalmente espontáneo, motivado por la presión social, que al igual que un volcán estaba por explotar en cualquier momento. Esta explosión se había estado desencadenando, por partes y de a poco, en los años previos (2006, 2011, 2018), momentos en los que se habían expresado reivindicaciones que resonaban con demandas de la sociedad chilena, ya sea de parte del movimiento estudiantil, el movimiento feminista u otros, pero cuyo reclamo no eran levantadas al estilo de las vanguardias de los años sesenta.

Notoriamente en los años recientes fueron estudiantes de nivel quienes prendieron la mecha, y también lo fueron quienes

iniciaron las acciones en 2019 con su protesta contra pagar \$30 pesos en el ticket del metro. Es decir, la agitación social ha sido encabezada por un sector social que no está en el centro de la economía, más bien es marginal al respecto; sin embargo, es un sector altamente sensible a otros problemas sociales que atraviesan la sociedad en su conjunto y que buscaban hacerse presente desde el 2006 con la llamada revolución pingüina.

En este sentido, dos aspectos habría que profundizar respecto de las quejas en el estallido social, una de ellas referidas al engaño institucional sobre comisiones, cobros extras, alzas de cotizaciones, bajas jubilaciones, costos de vida, que estaban, haciendo sufrir a la población, endeudándose cada día más y alcanzando niveles de colapso. Y, por otro lado, y como expresión de lo anterior, el establecimiento de una relación en una especie de esclavitud moderna (Rozas et al, 2020), en la que las élites y las instituciones coludidas sometían a la población a un régimen de trabajo de auto explotación, como parte de un diseño social individualista y consumista, centrado en el mercado y en un estilo de vida neoliberal (Byung-Chul Han, 2014). Se agrega a estas demandas la acción de denuncia de diversos movimientos sociales, principalmente feministas, de diversidad sexual y medioambientalistas, que señalan que hay un problema no referido directamente a la cuestión económica, sino al tipo de relación social instalado en el corazón de la estructura de la sociedad capitalista, que es la discriminación, la segmentación social, la construcción de jerarquías sociales dirigidas a validar a algunos y a postergar abusivamente a otros, construida sobre la base de lógicas racistas y patriarcales. Ha sido un nuevo sector social o nuevos movimientos sociales, emergidos en los albores del siglo XXI, los que han iniciado una revolución, apelando a temáticas de cultura y de identidad, pero criticando, además, a las estructuras relacionales que sostienen la sociedad capitalista. Son ellos los que han llevado la vanguardia y plantean algo muy similar a lo señalado por Fanon, es decir, sostienen reivindicaciones contra la colonización de la subjetividad.

2. La Subjetividad del vagabundo

Si hablamos de la forma de pensar del vagabundo, de la subjetividad que ello implica, resulta muy interesante observar su distancia con la subjetividad del sujeto moderno, que ha promovido el proyecto dominante. Fuera de los contenidos del proyecto dominante, tales como la planificación, el progreso, evolucionar, avanzar, el logro, las metas, etc. este pensamiento cuenta con un elemento medular que conduce toda su expresividad, cual es la razón, lo razonable. La razón es una matriz referida a cómo mirar el mundo, la cual selecciona ciertos aspectos vinculados, hechos, situaciones, lugares que buscan ser medidos, categorizados, individualizados y ordenados en un encadenamiento lógico. No obstante, habría que señalar que esa forma de mirar implica conceptualizar el mundo como una máquina, por tanto, dicha matriz, busca constantemente descomponer, aislar, desarmar y armar el mundo. Es una matriz que usamos habitualmente para apreciar las cosas, para la cual ya estamos acostumbrados y nos resulta normal pensar de esa manera. Por otro lado, el pensar con esta matriz requiere de una estructura psicológica que esté conformada para hacer funcionar la lógica de la razón, de modo que cuente con los aparatos que registren, que almacenen, que focalicen, que recuperen y estos son la memoria a corto y largo plazo, la atención, la imaginación, el recuerdo, la memoria numérica o fotográfica, los sentidos como el olfato, la vista, el oído, el tacto, etc. Junto a ellos están presente los mecanismos funcionales, como el análisis, las articulaciones, la reflexión, la relación ojo-mano, la proyección; es decir, la subjetividad moderna mira el mundo de cierta manera y para ello se ha instalado en las poblaciones humanas —vía socialización, aprendizaje y educación— estructuras psíquicas y físicas para mover el andamiaje de la razón y, con ello, desplazarse por el mundo para controlarlo y dominarlo.

Cuando hablamos de la colonización de la subjetividad, nos referimos a que las estructuras mencionadas se encuentran presentes en las clases sociales controladas por el poder dominante. Las distintas clases sociales, sus comunidades, están diseñadas para pensar de esta manera moderna, sobre la base de la matriz de la razón. Por tanto, pensar la revolución y el cambio social no es algo concebible,

en la medida que se siga el hilo conductor establecido por el sector dominante, aunque hay que clarificar que desde la razón también el marxismo ha planteado la revolución, como ha ocurrido en diferentes versiones, en Cuba, en Bolivia y, eventualmente, en Chile. Ahora bien, es claro que, en el panorama de clases o grupos sociales, hay algunos más convencidos que otros, algunos productores originarios de esta forma de pensar y otros, más bien socializados en ello, como asimismo hay grupos o comunidades que se distancian de esa forma de pensar y alojan en su subjetividad otras formas, de modo que funcionan de manera híbrida.

Esta una de las explicaciones que coincide con el planteamiento de Fanon. Ciertas clases sociales, incluidos los obreros, están colonizadas en su subjetividad por el pensamiento moderno; por tanto, hoy en día, no está en ellos la disposición ni las condiciones de matriz de pensamiento suficientemente preparadas para hacer los cambios sociales que requiere una sociedad o para hacer la revolución.

Entonces, lo que interesa en los próximos párrafos, es poder avanzar en dar algunos pasos para comprender otras dinámicas de subjetividad, otras formas de pensamiento presentes y existentes en otros sectores sociales no controlados por las estructuras de poder y que de alguna forma son marginales, irrelevantes, negados e invisibilizados o, por su misma ubicación disminuida en la estructura social, no son objeto de colonización.

3. Pensamiento alternativo a la razón

A continuación, se señalan algunas expresiones de pensamiento alternativo que nos conducen a la subjetividad del vagabundo, cuya comprensión requiere otras formas de mirar la realidad.

En la novela *"El viejo que leía novelas de amor"* (1989), de Luis Sepúlveda, aparece una escena en medio de la selva amazónica, lugar muy alejado del mundo urbano, en la que un dentista muy solidario va a resolver los problemas dentales a la gente del interior.

Un día se presenta un grupo de gampeiros, que son mineros pobres, de los cuales uno de ellos, un personaje relativamente joven y sano, le pide al dentista, le saque todos sus dientes. Obviamente el profesional se niega, indicando que no hay ninguna justificación para ello, frente a lo cual el gampeiro en cuestión extrae su cuchillo y amenaza con matarlo; el dentista decide sacarle los dientes sanos uno a uno, retirándolos todos, tal como se le pedía. Luego de terminada la tarea, el gampeiro recibe un aplauso cerrado de sus compañeros y el mismo habla diciendo que es un hombre que cumple su palabra.

En la zona de Coca (cerca del río Napo, en la selva ecuatoriana) se cuenta que una mujer pobre que camina con su hijo por bosques enmalezados al caer la noche observa a la distancia una luz muy brillante. Piensa que es una casa en la que alguien podría ayudarla y se encamina hacia esa luz, la cual pareciera alejarse más y más, pero en un momento dado logra llegar a ella y, maravillada, ve una gallina con huevos de oro, se acerca y suavemente toma unos de los huevos de oro y la gallina mágicamente desaparece. Se dice que esta imagen solo aparece a personas sufrientes abandonadas de la sociedad.

Lo que tenemos aquí en estas narrativas es una subjetividad no considerada por el poder, no valorada, más bien despreciada, también denominada pobre, no educada, supersticiosa y con bajo valor intelectual, acusada de improductiva, sin metas, sin orden, no funcional al sistema y, por lo mismo, desechable.

Debiéramos hacer un análisis de qué es lo que hay aquí según un marco interpretativo diferente, lo que nos conduce a observar otra forma de pensar en poblaciones que son habitualmente despreciadas. Por ello, asumiendo una actitud valorativa de la subjetividad allí presente, sin hacernos cargo de la crítica establecida por el orden imperante, intentaremos entrar en los parámetros de cómo está construida esa dimensión en donde vive esa población.

En este universo es posible adelantar la presencia de un concepto de tiempo no lineal, donde el tiempo existe, pero no avanza, más bien se tiende a vivir un constante presente, el cual genera una condición de no cambio, de no evolución, de estabilidad.

Cada día tiende a repetirse en sus elementos fundamentales, el sol sale todos los días, en un extremo las estaciones del año realizan un círculo donde el ciclo vuelve a recomenzar. También cabe mencionar que el futuro no es importante, por cuanto se vive en el presente y eso es lo que interesa, de lo que se desprende que importa más el estado de vivencia actual, las necesidades del hoy, o los acuerdos con los otros en cada día, sin importar mayormente lo que eso signifique para el futuro. Pareciera estar vigente una cultura que camina en la vida conociendo y valorando su pasado e ignorando el futuro. En ese sentido, no solo interesa alimentarse, sino sostener y proteger el vínculo comunitario que define la realidad actual. La importancia de las relaciones con los pares, dirigidas a un equilibrio, a un balance equitativo es lo que se privilegia, rechazando relaciones de exigencias extremas, que distorsionen su realidad, tal como es configurada bajo este esquema.

Más que la obtención de cosas, de bienes o de ganancias, interesa la convivencia; estar con el otro, con los otros, eso es lo realmente vital. El valor de las cosas no está en ellas mismas sino en el que las personas en convivencia le otorgan. Acumular, poseer cosas, no tiene mayor valor, por cuanto se gastan, se pierden o resultan una carga. Se es lo que se es, es decir, una vida, una persona, nada más que eso, pero todo ello se define y redefine en las relaciones con los otros, no en las relaciones con las cosas. No soy más porque tengo más cosas, sino solo soy en la medida que la vida es compartida. Las cosas pasan por nuestra vida, lo que permanece es la vida. Por tanto, no se trata de producir cosas sino de observar la vida y compartirla con los demás. Tener dinero es estar solo, es ser, un ente vacío. Además, interesa no solo estar con otros, sino compartir un proceso juntos, vivir una experiencia en compañía. Es una forma de apreciar las cosas con otro, de modo que la dinámica vivida juntos nos hace distintos a nuestra individualidad. Las vivencias colectivas no son las mismas si las vivimos solos.

Este aprecio por vivenciar la vida y no pasarla trabajando, se distancia profundamente del “yo conquistador”, de Kant, el cual, según esa mirada eurocéntrica que representa y promueve, conforma el proyecto de dominar al mundo, a la naturaleza y a los

otros inferiores. Por el contrario, el proyecto de nuestros vagabundos es convivir nuestros, es compartir la vida, con la naturaleza, por cuanto esta también tiene vida. De hecho, no se existe para re-ubicar la naturaleza, para apoderarse de un territorio e instalar allí una ciudad. Porque ese lugar, esos elementos naturales allí presentes, ese territorio también busca vivir; por tanto, resulta inconcebible apoderarse de él, manipularlo, o instrumentalizarlo, o reestructurarlo, o transformarlo. No hay autorización para ello; realizarlo sería un abuso, asumirnos desmedidamente como superiores, caer en un aprovechamiento. Esto queda muy bien ejemplificado en la posición del mundo indígena frente al medio ambiente. En tanto se consume lo que se necesita, se pide permiso y perdón por ello, no cabe excederse, no cabe super-explotar el medio ambiente para asegurar el futuro.

Es así como el concepto de trabajo tampoco es relevante en un vagabundo impregnado de un pensamiento alternativo. Esto en tanto trabajar es una actividad humana organizada, cuya acción diaria no necesariamente lleva como logro comer ese mismo día, sino obtener un salario, con el cual se puede alimentar. Además, el trabajo es una actividad que marcada por el tiempo implica al menos 8 horas al día, durante varios días. Sin embargo, para el vagabundo igualmente es relevante comer y satisfacer sus necesidades. Ahora bien, no trabajar no es lo mismo que la flojera, pues para el vagabundo, comer puede resultar una actividad difícil, pero no por ello está trabajando, pues, luego de comer, no se necesita volver a producir comida, ya se comió. Es decir, se come cuando se necesita y luego se hacen otras cosas, no trabajar sino otras cosas, que apuntan a ver el mundo, a comprenderlo, a experienciarlo y a desarrollar esta vivencia con otros, pues lo interesante no solo es vivir, sino tener la experiencia juntos.

El ocio no es ocio. Este ocurre cuando no se trabaja, es la otra cara del tiempo de trabajo. Se realiza una jornada laboral y luego viene un merecido ocio. Pero, para el vagabundo, el ocio no existe, porque no existe el trabajo. Para el vagabundo el ocio, que no es ocio, es una actividad permanente y su contenido está definido por vivir el mundo, por apreciarlo y por compartir, el ocio no es una actividad

vacía, en que no se haga nada, incluso puede ser una actividad muy agotadora, una larga caminata, mover un árbol, aprender una música. Ello puede implicar muchas horas de dedicación, pero eso no es trabajo. Incluso para el mundo moderno, el trabajo raya con lo indeseable, nadie ama trabajar, en cuanto es un quehacer rutinario, esforzado, largo e interminable, es una actividad forzada. En cambio, el ocio del vagabundo, que no es ocio, no es una actividad forzada, es una actividad que quiere hacer y puede ser una actividad muy ocupada y concentrada, pero muy satisfactoria, tallar una artesanía, preparar una comida, nadar en el río, construirse un techo para dormir.

El trabajo es una actividad pensada para el futuro, se trabaja para mejorar las condiciones del mañana. Es una actividad diseñada en vínculo con el futuro. Se trabaja para obtener cosas que en el presente no se tienen, pero que debido al trabajo vendrán en el futuro; es una forma de vivir el futuro. Con el trabajo no se vive el presente, no es agradable vivir el presente porque se está obligado a trabajar, así se vive un presente obligado, de una forma que no se quiere; es un sacrificio de esfuerzo, de empujar al cuerpo a una actividad que no es agradable, y no se hace porque se necesite en el presente, es para lo que se puede obtener después. Durante el trabajo el tiempo presente no importa, es un mal tiempo, se anhela el tiempo del no trabajo, el tiempo del ocio; por ello es valorado el horario post trabajo o, el fin de semana, porque son horas o días de ocio y no se está obligado a trabajar.

La planificación, en cambio, es una actividad de diseño del futuro, el vagabundo no planifica, vive el día a día, vive el presente. Para vivir el presente no se necesita planificar. No se busca obtener riquezas, pues las riquezas son cosas que se obtienen y llegan en el futuro. Planificar es una forma de obtener riquezas más rápido, de modo más eficiente. Es una forma de acercar el futuro, es buscar tener riqueza antes y no después. Planificar es un trabajo, es una actividad obligada e indeseable, que busca, programar el trabajo futuro, para obtener ciertos logros. La planificación está asociada a logros, a metas, a objetivos, a obtener cosas. Se habla de avanzar, de progresar, lo cual se refiere a estar en el futuro mejor que en el presente. En este sentido para la planificación y para la actividad

del trabajo el presente es un estado de déficit, es un estancamiento, es un no avance, es una situación de pobreza. La pobreza se define por un mal presente y de allí la idea de salir de la pobreza, salir del atraso. Se determina salir del presente porque se define como atraso, algo perjudicial que va a pasar si no se sale de allí, hay que escapar. Se sataniza el presente, se lo enloda, algo que está funcionando mal, hay que alejarse del mismo, escapando hacia el futuro, al cual se lo embellece de algo mejor, superior, digno de alcanzar. Se señala que es digno trabajar y loable, pues se está caminando hacia algo mejor, lo que significa que se reconoce que el presente es algo que hay que dejar en el pasado, dejar atrás.

De alguna forma lo que trajo esta forma de pensar el tiempo fue la colonización europea. Lo que trajo esa invasión fue la instalación forzada de algo ajeno, externo, no perteneciente a estos lugares, trajo un mundo construido afuera, del cual no se es parte. Un mundo que lo trastornó todo, pues no solo movió los lugares de un lado para otro, además el espacio fue llenado de muros, de plazas, iglesias, cárceles y fuertes, cosas inimaginables para el mundo local. Ensució su imaginario, su mundo cambió con la invasión de ese otro mundo, le cambio el nombre a los cerros, a los espacios, con nombres incomprensibles y, además, como hemos ya señalado, instaló una visión de tiempo, según el cual se disminuyó y se estrujó la inmensidad del presente a una breve partícula del vivir, para luego ser proyectado al espacio extenso del futuro, donde la vida fue empujada a no vivir aquí en el presente sino a vivir en el futuro, es decir, en un lugar que no existe, pero lo hicieron realidad, le dieron forma, contenido, lo llenaron de cosas, tanto que le dieron vida y se transformó en algo realmente existente, en una verdadera realidad y, por tanto, para llegar a ese futuro creado, lleno de bienestar, de progreso y avanzado, el presente se transformó en una especie de esclavitud, el presente que era lo que existía, lo que realmente era, ahora se transformó en un lugar de sacrificio.

Y, al parecer para concluir el desastre, si además las personas se quedan en él, si el presente define lo esencial de lo que son, la población pasa a ser eso mismo, eso nefasto, degradado, sin valor porque esas personas comienzan a vivir en el atraso, en el estancamiento, en

una suerte de vida pobre, deslavada, destenida, una vida sin futuro, una vida mediocre, mínima, escasa. Se pasa a ser personajes sin valor, eventualmente desechable y tal vez lo peor de todo es que pasan a ser una población negacionista, es decir, que está en contra del progreso, contra el avance de la sociedad hacia el futuro, por tanto, se transforman en una especie de enemigo, una población que obstaculiza el desarrollo. Ello establece un problema para el pensamiento lineal liberal, frente a esa población que se queda en el presente algo hay que hacer, buscar un tipo de solución y ello apunta de alguna forma a marginarla del crecimiento, dejarla fuera, empujar para que se vaya a otro lugar, que desaparezca, que no moleste, si es posible eliminarla o en el mejor de los casos modificarla, corregirla, es decir, en definitiva, colonizar su subjetividad, para que se comporte como corresponde.

A continuación, propondremos otros ejemplos que delinean un pensamiento alternativo en el mundo del vagabundaje.

Los Canudos: vagabundos de la resistencia

La hacienda de Los Canudos era un latifundio perteneciente a la oligarquía más rancia en el momento de la construcción de la república del Brasil hacia el 1900. Sin embargo, esta hacienda ubicada en el nordeste, en la zona del sertão, relativamente inhóspito, con una vegetación baja, pero ecológicamente llena de vida silvestre, comenzó a ser ocupada por una migración proveniente de diferentes rincones de la región. Dicha población estaba compuesta por delincuentes, campesinos, refugiados, negros, portugueses empobrecidos, traficantes, esclavos, etc. quienes tomaron posesión de esta hacienda, instalándose allí a vivir y alimentándose del ganado y de la agricultura ya establecida en el lugar. Esta población era característicamente errante, vagaba por estas tierras, consumiendo lo que encontraba a su paso, sin la pretensión de establecerse; sin embargo, pese a esta falta de estructura, se articuló en torno a una figura central, Antonio Conselheiro, un sacerdote ilegal, que predicaba la palabra de Dios, a quien dicha población seguía fielmente en peregrinaje de pueblo en pueblo, hasta que se establecieron en la hacienda Los

Canudos, decisión tomada porque se supo la noticia que el ejército brasileño, comandado por la nueva república desde la gobernación de Salvador de Bahía, había sido enviado a poner en orden a esta población disconforme que no acataba las normas sociales de civilidad y de civilización, objetivo de la nueva sociedad, luego de la independencia. Lamentablemente, este ejército, al llegar al territorio de Los Canudos fue derribado por la población del sertão. Frente a esta indignante situación, el Estado brasileño envió un segundo batallón mejor armado, voluminoso y muy bien comandado por generales con experiencia, el cual también fue derrotado. Y lo mismo ocurrió con un tercer envío militar, también poderoso.

¿Que era, entonces, lo que allí ocurría? Cabría preguntarse, sin introducirse en los detalles de la derrota militar, cuál era el discurso de “Los Canudos”. Su planteamiento era estar en contra de la República, en contra de este nuevo orden social moderno. Cuestión que queda claramente expresada en el texto de Mario Vargas Llosa *La Guerra del Fin del Mundo* (1981) donde se señala que los argumentos consistían en protestar contra el matrimonio civil, que los obligaba a encuadrarse en una formato rígido, contra el sistema métrico decimal, en tanto instrumento de medición, utilizable para cartografiar todo el territorio y luego transformarlo en propiedad privada y, entre otras cosas también, contra el censo, mecanismo para contar a la población y, con ello, identificar a la población negra y morena justificar la construcción de un sistema jerárquico racial. Como se puede observar, el vagabundo Antonio Conselheiro y todos sus seguidores se oponían a un sistema de pensamiento basado en la razón conformado en su esencia como mecanismo de control, de discriminación y de utilización, el cual no consideraba su pensamiento alternativo basado en parámetros totalmente distintos orientados a vivir en el presente sin las ataduras forzadas del trabajo y del mundo visto desde el futuro.

Vagabundos de siglos XIX-XX en Chile

En el Chile de la colonia, hacia 1789, se pasa del sistema productivo llamado “encomiendas” a otro caracterizado por las

“haciendas”. Estas haciendas se constituyeron como grandes explotaciones territoriales basadas en una estrategia de dominación que absorbió a las poblaciones desarraigadas asignándoles el rol de inquilinos (campesinos a todo servicio, sin salario disponibles, localizados al interior de las fincas y fundos).

En este contexto quedan pequeños espacios disponibles que dieran lugar a productores medianos y pequeños, generándose el complejo latifundio-minifundio interdependientes en el abastecimiento de mano de obra en periodos de concentración de las labores agrícolas. De esta manera, quedó un excedente de población (indígenas, campesinos pobres) en tierra de nadie o sin tierras, entregados a recorrer caminos y largas distancia en búsqueda de empleos, conseguidos a veces en las peores condiciones. Surgen entonces y cruzan este periodo de la historia (siglos XIX y XX) los afuerinos, los caminantes, los vagabundos, todos sujetos invisibles, explotados, pero no dispuestos a soportar la vida obligada y estática del inquilino.

Estos afuerinos (fuera del sistema) se asoman a los pueblos y ciudades donde corren el riesgo de ser atraídos por enganchadores con promesas de riquezas. Ocupados cuando hace falta, expulsados por cualquier opinión, apresados sin justificación por la fuerza pública para cumplir labores de aseos en los cuarteles, recorren sin nada en su poder, sin bienes ni familia, pero conociendo el mundo que cambia, con sus diferentes realidades, de modo inquisitivo, creativo y astutos, adaptándose y escapando continuamente del sistema.

En el desarrollo del Estado y los procesos de “modernización” se crea la Corporación de Fomento en Chile (CORFO) por el presidente Pedro Aguirre Cerda en 1939, para industrializar el país. Este proceso fortalece lo urbano, las ciudades, pero los sectores rurales quedan postergados. Sin embargo, aparece una pequeña luz: un proyecto de Reforma Agraria presentado por Marmaduke Grove en 1939, que nunca logró ser aprobado pues mostraba algo que no se quería ver, los problemas de la ruralidad olvidada. Incluso las opciones políticas más avanzadas coinciden en la mirada urbana y priorizan el mundo obrero, centrándose en los sindicatos. Así lo rural desaparece por

años, no obstante, procesos como el triunfo de la revolución cubana (1959) o la experiencia de la revolución cultural China (1966), abren cambios hacia el sector rural y lo ponen en primer plano en el país, lo que se concretiza con la ley de sindicalización campesina y de reforma agraria de 1967. La preocupación se centra en el destino de los inquilinos y sus precarias condiciones de vida, pero se mantiene en el olvido a las comunidades indígenas, los afuerinos, los minifundistas y las mujeres campesinas.

En medio de la bullente reforma agraria, fue el gobierno de la Unidad Popular (1970) que dicta una ley dirigida a la restitución de las tierras indígenas las que habían sido entregadas a colonos y empresarios para su explotación. Al mismo tiempo, el presidente Salvador Allende amplía la mirada, logrando que se identifique y pondere el fenómeno de los afuerinos y vagabundos e inicia una política dirigida a su visibilización, a su protección a través de políticas sociales y mediante su inserción en el proceso de Reforma Agraria, asuntos que son abordados en La Moneda en una reunión entre el presidente y la organización de dirigentes afuerinos en 1971. Además, en este periodo se convoca a la constitución de comités campesinos comunales en los que participan activamente los distintos actores locales relacionados con la Reforma Agraria, minifundistas, afuerinos, mujeres, comunidades indígenas que no habían sido consideradas en el diseño original de la reforma. Surge aquí una interesante estructura local de participación que crea una instancia para enfrentar las tensiones surgidas con los excluidos y con las dinámicas sociales de la época. Los afuerinos piden lugar en los pueblos donde puedan vivir y empiezan la construcción de organizaciones que los representen.

La sangrienta llegada del golpe militar en 1973 anula estos logros y expulsa del territorio rural a los dirigentes de los asentamientos, como los Centros de Reforma Agraria (CERA), los Centros de Producción (CEPRO) y cualquier otra forma de organización. El neoliberalismo, presente ahora, transforma a los afuerinos en una gran masa de temporeros, cambiando las relaciones laborales nuevamente. Las explotaciones agrícolas cierran el paso a extraños y la mayor parte del trabajo se transforma en trabajo temporal según las especies cultivadas y las zonas geográficas en

que están situadas, por solo unos meses al año. De esta forma, los afuerinos actualmente siguen al margen en un continuo vagabundear en lo rural y ahora también en lo urbano.

En la búsqueda de la Loma Santa, la espiritualidad

Hacia fines del 1700, siglo XVIII, en Bolivia se desarrolló un movimiento que se llamó “En busca de la Loma Santa”, también conocido como “Milenarista”. Pese a la apariencia religiosa de estos nombres, el movimiento tuvo un componente profundamente práctico y militar. Se trataba de una población indígena acosada por militares españoles y portugueses, quienes se encontraban en conquista del territorio de la Chiquitanía, una vasta zona selvática arriba de la conocida Foz de Iguazú, (Lehm, 1999). Esta población decide escapar de esta persecución, generando una agrupación humana significativa que se interna en la selva dejando atrás los pueblos y pequeñas ciudades levantadas por los conquistadores. Es decir, inician una especie de vagabundaje, abandonando la civilización ya instalada y comienzan a recorrer la región dirigiéndose hacia sus profundidades. Tránsito difícil para los militares conquistadores, por su desconocimiento de la zona y por su incapacidad para moverse por la selva.

El argumento y justificación visible para esta población migrante era el deseo de encontrar “La Loma Santa”, es decir, encontrar un lugar sagrado, perdido en la selva pero que prometía paz, tranquilidad e independencia frente a las huestes colonizadoras, que solo buscaban enriquecerse, sometiendo la mano de obra indígenas a trabajos forzados. Sin embargo, “La Loma Santa” era una ilusión, que protegía en su interior el proyecto de escapar y recuperar su territorio ancestral. En este contexto, vagabundear significó vagar por una zona tropical boscosa, sin un norte visible, de lugar en lugar con el afán de recuperar un tiempo pasado y un tipo de pensamiento alternativo perdido, un vagabundear iniciado bajo un entorno cristiano, católico, que fue a la búsqueda de la “tierra santa”, pero que en lenguaje del castellano local, se refiere a la “Loma Santa”, que es la selva, es decir, un lugar libre de la contaminación de la civilización y sus discutibles costumbres.

Estallido Social del 2019 en Chile, el saqueo

Retomando los asuntos que dieron lugar a los ejemplos expuestos más arriba, algunos análisis y apreciaciones sobre el estallido social han consistido en relevar los actos de violencia y de saqueo, en su despliegue frente a su lucha contra las fuerzas del orden social. El 18 de octubre y los días posteriores, mostraron a Chile como un país desbordado por la población, que expresó su descontento a través de la violencia contra los símbolos y los emblemas pertenecientes a un tipo de sociedad dominante, que establecía un diseño social injusto y desigual. Fue una expresión febril y una locura desatada de apoderarse de todo aquello inalcanzable, bajo un contexto en que la calle, el comercio, las instituciones estaban quebradas en su legitimidad, con un valor cercano a cero. Una sociedad totalmente derrumbada, incapaz de ponerse de pie, frente a una población que arrasa, que lo quiere todo, que lo consume todo y pasa por encima sin ninguna consideración. Fue el despertar de una población constreñida y encapsulada, que demostró en los hechos su descontento y disconformidad con esta estructura social, ajena a su humanidad.

Cabría preguntarse si habrá aquí algo vinculado a los vagabundos en la situación desatada en el octubre chileno. Veamos algunos elementos al respecto que tal vez nos permitan responder a esta pregunta.

Los integrantes de la primera línea en los enfrentamientos con la policía no eran vagabundos, pero sí lo eran en cierto sentido, pues fuera de militantes de algún movimiento social, jóvenes universitarios, o trabajadores, un componente significativo de esa primera línea eran chicos egresados de hogares sociales. Como es sabido, estos hogares están conformados por niños, niñas y jóvenes sin familia, que han sido ingresados al sistema con el objetivo de resocializarlos. Una de las instituciones más relevantes en Chile ha sido el Servicio Nacional de Menores (SENAME), servicio fuertemente criticado por su incompetencia y, lo que es peor, por la oscura lista de abusos, injusticias y muertes al interior de sus recintos.

Los hogares, desde inicios del siglo XX (Ramacciotti, 2010), han asumido el rol de corregir el comportamiento desviado, el abandono y vagabundaje presentes, especialmente, en niños, niñas y jóvenes de familias pobres. Por ello han sido categorizados como “correccionales”, instituciones creadas para resolver la “cuestión social”, es decir, volver al orden y al trabajo a esos “inadaptados”. Para dicha población pobre y sufriente, estas instituciones, estos hogares, han sido más bien un tipo de cárcel, un tipo de reclusión obligada, que no les ha traído la posibilidad de crecer sanamente, incorporarse al sistema con nuevas capacidades adquiridas, sino que más bien han sido objeto del abandono institucionalizado, promovedor de un concepto de sí mismo, de una identidad, absolutamente disminuida y deteriorada. Su objetivo no ha sido formar sujetos autónomos y libres, pues promueven un autoconcepto individual que ubica a estos y estas jóvenes como la escoria de la sociedad, poco menos que una simple basura y, principalmente, entes errantes sin ningún interés real para el sistema.

Estos vagabundos fueron un componente importante de la primera línea del estallido social, niños, niñas y jóvenes de hogares, una población sin familia, sin trabajo, sin futuro, sin herramientas, una capa social sin prácticamente nada. Entonces, cabe preguntarse por qué estaban allí, en una pelea frontal contra la policía, sin que les importara la represión, las bombas lacrimógenas, caer heridos, e incluso, sin que les importara la muerte. ¿Por qué?

La respuesta, sin duda, apunta a que estos niños, niñas y jóvenes no tenían nada que perder y, sin embargo, tenían todo que ganar. Ganar no solo unos metros en el combate cuerpo a cuerpo contra la policía, sino ganar en ser alguien, en ser una parte fundamental de un todo mayor, de un movimiento por el cambio social. Por primera vez sintieron que tenían algo que hacer, eran algo significativo socialmente, que les era evidente, pues en esa refriega de lucha colectiva, en ese forcejeo corporal compartido, en medio de gritos e insultos, ganaron en dignidad, eran algo valioso, se transformaron en un grupo humano insustituible, admirados y queridos por otras y otros jóvenes de su misma edad y por los otros manifestantes en general. Todos enfrentados contra las mismas fuerzas del orden, en

un lugar donde las diferencias sociales se diluyen y solo queda lo más importante valer, importar y ser apreciado únicamente por ser una persona.

El estallido social es la expresión de que el sistema instalado afecta a toda la población, prácticamente sin distinción. Y, si de vagabundos se trata, el concepto aquí se amplía hasta el punto en que todos somos vagabundos. Porque no se trata solo de individuos que vagan en las calles o en lo rural sino de poblaciones al margen del sistema, dejadas fuera, abandonadas, afuerinas, excluidas de las decisiones fundamentales. Como con los vagabundos, la mayoría en el estallido social ha sido marginada del sistema y la rebelión fue un despertar a la consciencia de este abandono y de esa manipulación institucional.

4. Hacia la Sociedad de la Coexistencia y la Convivencia

Los vagabundos son uno de los variados sectores que componen la sociedad. Lo relevante es que en este grupo existe un tipo de pensamiento alternativo al ideario racional de la modernidad, pensamiento que da cuenta de que el mundo puede ser de otra forma, con otros parámetros y con otras utopías.

En este contexto, es válido señalar que la sociedad lo que no ha hecho es conversar con los vagabundos, sino más bien fortalecer su marginalización, misma actitud que ha generado con otros sectores de la sociedad, los indígenas, los pobres, los campesinos. Peor aún, ha imperado la homogeneización y la monoculturalidad. No obstante, una vez llegado el siglo XXI, una vez todos allí, lo que reina en este nuevo espacio temporal es la diversidad, particularmente, las diferentes formas de pensar, cuestión que pone hoy día en el centro el tema de la convivencia y la coexistencia, tal como lo planteó Alain Touraine, cuando nos pregunta en su libro que lleva el mismo título ¿Podremos vivir juntos? (1997).

Recientemente han emergido con fuerza y claridad expresiones sociales que se encontraban latentes durante muchos años y que, al

tenor del siglo XXI, bajo la defensa de los derechos humanos y la atmósfera reinante en favor de la diversidad, adquieren visibilidad, como son el movimiento feminista, el movimiento indígena, el movimiento Lgtbiqua+, los migrantes, los afrodescendientes, el movimiento medio ambientalista, y otros más.

Con ese telón de fondo el progreso y el desarrollo parecen ser menos relevantes, mientras que lo que se vuelve urgente es el encuentro social. Las sociedades hoy en día, especialmente en América Latina, deben aprender a lidiar con el despliegue, en una misma superficie, de un conjunto de culturas, subculturas, movimientos y grupos, vagabundos algunos de ellos, por cierto, los que esperan ser reconocidos y poder expresar su mundo sus particularidades, sin intermediarios. Entonces para las sociedades de hoy en día, el problema es la co-existencia, la convivencia. La coexistencia o convivencia exige instalar una nueva estructura social, se requiere inventar una nueva arquitectura social, que nos conduzca al encuentro con otros diferentes y al mismo tiempo, crecer como personas, incorporando capacidades de sociabilidad, de vínculo y articulación.

Probablemente, esta nueva dinámica de aprendizaje pasa por la liberación de las ataduras biológicas, geográficas e identitarias de aquella antigua sociedad del siglo XX hasta llegar a consolidar estructuras y flujos sociales centrales de la sociedad, hoy día. Debemos aprender a construir un mundo para este nuevo siglo basado en la convivencia y la coexistencia.

Referencias bibliográficas

- Fanon, F. (1961). *Les Damnés de la Terre*. Grove Press.
- Han, B. (2014). *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Madrid: Ed. Herder.
- Lehm, Z. (1999). *Milenarismo y movimientos sociales en la Amazonía boliviana. La búsqueda de la Loma Santa y la marcha indígena por el territorio y la dignidad*. CIDDEBENI-A.P.C.O.B.-Oxfam America.
- Perez, L. (2017). *Islas, cuerpos y desplazamiento las Antillas, canarias y la descolonización del conocimiento*. [Tesis de Doctorado. Escuela de doctorado y estudios de posgrado, Programa "Filosofía, cultura y sociedad"]. Universidad de la Laguna.
- Ramacciotti, K. (2010). Políticas sanitarias hacia la infancia durante el peronismo. En G. G. Vallejo y M. A. Miranda, *Derivas de Darwin: Cultura y política en clave biológica*. Ed. Siglo XXI
- Rozas, G., Hermosilla, N., Falabella, G., Miranda, C., Millacura, C., y Caro, C. (2020). El desborde de una comunidad oprimida. *Cuadernos de Beauchef: ciencia, tecnología y cultura*, 3, 103-126.
- Sepúlveda, L. (1989). *Un viejo que leía novelas de amor*. Ed. Tusquets.
- Touraine, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Vargas, M. (1981). *La Guerra del fin del mundo*. Ed. Seix Barral.